
Nieves en la Torre de Babel

- Enrique García Gutiérrez -
San Juan, julio 1997

Todo el mundo tenía el mismo idioma y usaba las mismas expresiones... Génesis 11

El tiempo es una de las grandes invenciones del Hombre; nació con él y morirá con él. Nunca es el mismo, ni en su duración a lo largo de una jornada, ni en la de un milenio. Pero sin él no hay Historia. Y en Occidente, el arte había marcado tiempo hasta hace aproximadamente unos cien años. Generaba épocas-espacios de variable duración que definían capítulos de gran complejidad creativa, Existía un idioma, se daban unas expresiones que fraguaban una imagen definitoria, un estilo o estilos, parámetros existenciales y transcendentales que identificaban una iconografía del hombre.

Tal fue el caso por milenios del prehistórico arte rupestre, animales que brotaron de una inteligencia de perentoriedad de supervivencia en esta tierra; o luego, en el caso de los egipcios, cuatro mil años de preocupación con la eternidad que supuestamente le seguía a nuestra estada en el globo terráqueo. Mil años más de helenos y romanos que identificaron en la imagen del hombre, heroica y animada, un texto de grandes hazañas míticas y reales; y otros mil más que se apartaron de la apariencia de las cosas, codificando la realidad en una abstracción esquemática, ésta al servicio de la narrativa bíblica, palabra de Dios y no de mortales. Abreviándose cada vez más los capítulos, los próximos quinientos años, vieron nacer un arte que levantó un espejo, de dos caras, en las que se reflejaba la miranda del hombre sobre sí mismo y su entorno, siempre con la larga sombra del tiempo.

Pues bien, bajemos y una vez allí confundamos su lenguaje de modo que no se entiendan los unos a los otros.

No fue Picasso, ni Mondrian, ni mucho menos Duchamp o Dubuffet, ni tampoco fue Beuys o Pollock, y mucho menos Yavé, el que confundió el lenguaje del arte contemporáneo, unos cien años al presente. Fue el hombre el que se confundió.

El tiempo, acelerado vertiginosamente, a partir de las revoluciones políticas e industriales del pasado siglo, y mil otros cambios que han sacudido la frágil urdimbre de su existencia, han llevado a los artistas a hablar en una pluridad de lenguas que sólo pueden categorizarse como la moderna Torre de Babel. Cada uno aspira a su propio vocabulario y sintaxis, y se confundió el lenguaje de todos los habitantes de la tierra.

Heriberto Nieves se ha unido a esa Torre de Babel. Confiesa que "busca una reconciliación o revalorización de la relación entre la ciencia, la industria, lo tecnológico y el arte." Ese compromiso que anida deseos de contemporaneidad con el mundo polifacético del arte actual, como también de aceptación para su creación en el cambiante ámbito de efemérides artísticas, le ha llevado a escoger unos materiales y técnicas de épica y resistente naturaleza. El uso de grandes trozos de madera, planchas de acero y de plexiglás, resinas, brea, tornillos y tuercas, traicionan intenciones casi ciclópeas para fundir su idea, materia y concepto, en objetos que rebasan la definición tradicional de esculturas o pinturas. Las imágenes de hombres desnudos; lunas doradas nueva, llena, menguante; radiografías del cerebro humano; fotografías proyectadas a gran escala, y el motivo de la ventana (que se repite en diversas formas), todos advierten un propósito de humanizar la tecnología, que como metáfora extendida rige el proceso de hacer su arte, y de expresar una urgencia, motivaciones íntimas, que le llevan a ensamblar sus signos.

La coherencia que se refleja, a pesar del espíritu de experimentación que define la

construcción y diseño de sus obras, rinde homenaje reconocible a sus mentores.

Su admiración por el constructivismo ruso, a la vez que por las irreverencias icono clásico del dadaísmo, están presentes en obras que muchas veces son referenciales a las obras de Marcel Duchamp, Naum Gabo, Lazlo Moholy-Nagy y Vladimir Tatlin. Sus estudios en la Escuela de San Carlos en la capital mexicana, le han dado el sólido marco formal extraído de la historia del arte moderno, que en estos días sirve de cantera a tantos artistas jóvenes. El echar una mirada retrospectiva, al principio del siglo en búsqueda de una identidad que les permita iniciarse en una de las tantas lenguas que brotaron del modernismo, es ritual de iniciación que se repite sin fronteras geográficas en el mundo del arte actual. Nieves se ha comprometido con una ambiciosa agenda que se remonta a espacios siderales con sus "solunáticos" ensamblajes, pero que también se confronta muy de cerca a sí mismo, como modelo desnudo y velada persona en sus autorretratos, andróginos y eróticos, ecos de la "verdad desnuda" del pasado mundo académico.

La mezcla del intimismo de Nieves con tecnologías del mundo industrial reflejan, como lo ha comentado el distinguido crítico de arte Eduardo Plachart Licea, el "punzante anhelo de armonizar el arte y la tecnología para crear una nueva era que se inició con la ingeniería en las monumentales obras de acero de la revolución industrial, atrapadoras del espacio y el tiempo, iconos de la era maquinista, espíritu que se hace verbo en los poemas de Walt Whitman."

La presencia de esta muestra en Caracas, luego de exhibirse en México y Puerto Rico, augura una travesía de excepcionales aventuras para Nieves y los que disfruten de su talentosa obra; en ella se dan la mano la poesía y la ingeniería, en un espacio al margen del tiempo.
